

# Prólogo

JOSÉ PEÑA GONZÁLEZ

**Catedrático Emérito**

Decía Ortega que había libros que jamás debieran publicarse, y tenía mucha razón el filósofo madrileño porque la función del texto es servir para la clarificación de los hechos y lamentablemente en muchas ocasiones solo sirven para oscurecerlos aun más. Afortunadamente no es el caso de este ensayo-biografía, como me atrevo a calificarlo, y que tiene en sus manos. Con el hilo conductor de un profundo y completo análisis biográfico de don José Ibáñez Martín se pasa revista a la ciencia española a lo largo de más de un siglo cortado por el tajo sangriento de nuestra guerra civil en la conocida expresión de Laín Entralgo.

Estamos pues ante una biografía y un ensayo sobre la ciencia española. La obra de tres autores unidos por la personalidad de Ibáñez Martín y el análisis de su creación. De la parte biográfica se encargó, especialmente, Justo Formentín, sobrino del biografiado, que aporta una referencia cercana y familiar. Ya advertía Carlyle que solo la biografía se puede calificar de historia auténtica, porque esta es el resultado de la acción de un hombre insertado en un medio concreto. Y esto es justamente lo que sucedió con la actividad de Ibáñez Martín. Del desarrollo del CSIC se encargaron especialmente Alfonso Carrascosa y Esther Rodríguez Fraile.

Su travesía vital se inicia en Valbona, pueblo turolense donde nace en 1896 y transcurre una infancia feliz en medio de una familia campesina de fuertes convicciones religiosas y en el que cursaría sus primeros estudios. Después, bachillerato en Teruel, hasta su traslado a la Valencia el año 1914, en cuya Universidad cursa las licenciaturas de Filosofía y Derecho ambas con Premio Extraordinario. La capital del Turia fue decisiva en la formación intelectual de Ibáñez Martín. Allí entró en contacto directo con la obra de Balmes, Donoso y Menéndez Pelayo. Ellos formarían el grueso del equipaje intelectual del joven turolense que en 1922 es ya por oposición catedrático de Geografía e Historia en el Instituto de Murcia. El joven profesor compatibiliza su vocación docente con la política. Ibáñez Martín es consciente de la situación social y

política en la que vive. Hombre culto posiblemente conociera una obra que por aquellas fechas hacía furor en Europa. Me refiero a la famosa publicación de Jules Benda, *La traición de los Intelectuales*, que proclama el paso adelante de la inteligencia y la responsabilidad de todo auténtico intelectual de comprometerse con la realidad de su país. De reflexionar libre y detenidamente sobre ella.

Colaboró con la Dictadura, iniciando una carrera que le lleva a la presidencia de la Diputación y a la Asamblea Nacional Legislativa. El año 1928 obtiene por oposición la misma cátedra en el Instituto San Isidro de Madrid. En Lorca conoce a doña María de los Ángeles Mellado y Pérez de Meca, con la que contrae matrimonio el año 1930. Instalado ya en la capital de España vuelve a contactar con la Asociación Católica de Propagandistas, que por imperativo gubernamental ha perdido ya de su siglas el carácter de Nacional, ingresando en mayo de 1932, así como en Acción Española, grupo político de clara filiación monárquica presidido por el marqués de Quintanar y del que forma parte Maeztu, Pemán, Pradera y Vegas Latapié, entre otros. Ibáñez Martín va completando un triángulo vital donde se dan la mano el intelectual y el político, ambos unidos por el hilo conductor de su religiosidad. En las elecciones de noviembre de 1933 obtiene acta de diputado para las Cortes Republicanas por Murcia bajo las siglas de la CEDA. Sigue colaborando con Herrera Oria y forma parte de la Comisión encargada de poner en marcha el Centro de Estudios Universitarios CEU que el futuro Cardenal ha diseñado a imagen y semejanza de la Universidad de Nimega. De esta colaboración fructífera nace el aprecio mutuo entre el político y el futuro cardenal. Agradezco a su hijo José Antonio conocer la dedicatoria de don Ángel Herrera a don José Ibáñez Martín al obsequiarle con la publicación de sus Obras Selectas por la BAC. Reza textualmente: "A Pepe Ibáñez Martín. En testimonio de mi profunda gratitud, de mi admiración y de una larga e invariable amistad. Málaga 20-V-1964. Ángel". Solo esta dedicatoria justificaría sobradamente el acierto de la ACdP de publicar esta obra.

En la guerra civil estuvo refugiado en la embajada turca con toda su familia hasta el año 1937 en que llegan a Valencia y embarcan con rumbo desconocido y parada en Sicilia. De allí a la patria, integrándose en la España Nacional y trabajando en Burgos en su condición de catedrático. La capital castellana será el escenario de un feliz encuentro que tendría una positiva consecuencia para la ciencia española. La amistad con José María Albareda. Un tándem clave para la constitución del CSIC. Este año formará parte de la Delegación española que visita Hispanoamérica, recorriendo Argentina, Chile, Perú y Brasil, en misión propagandística del nuevo régimen. Enviado a Berlín en 1938 intuye y teme el próximo estallido de una conflagración internacional, que efectivamente

estallaría el primero de septiembre de 1939, cuando aun no se ha cumplido un mes desde su nombramiento como Ministro de Educación Nacional. Cartera ministerial muy difícil en lo administrativo y en lo personal porque hay que resolver el problema del exilio de los intelectuales españoles, plantearse el tema de la depuración del profesorado, iniciado en la Junta Técnica de la mano de Pemán, y lo más importante en mi opinión: dotar de una cultura propia y nacional al nuevo régimen. Ello explica que la primera publicación oficial auspiciada por el franquismo, sea la edición de las obras completas de Menéndez Pelayo por parte del CSIC. Se inicia esta publicación con *La Historia de las Ideas Estéticas en España*, el año 1940, con un prólogo de Ibáñez Martín como Ministro de Educación Nacional en el que afirma rotundamente: “*La Historia de las Ideas Estéticas* es la obra más importante del Maestro, desde la cual se explica todo lo que hizo y se adivina lo que restaba por hacer”. Aquí sale al exterior el profundo conocimiento de la obra del polígrafo cántabro que ha adquirido bajo la batuta del P. Conejos en la biblioteca del Centro Escolar y Mercantil de Valencia. En esta admiración va a coincidir con el también turolense, e igual que él, formado en la Universidad de Valencia, Pedro Laín Entralgo que propugnara como eje central de la cultura política del nuevo régimen la figura de don Marcelino.

Tras su paso por el Ministerio accede el año 1951 a la presidencia del máximo órgano consultivo del Gobierno: El Consejo de Estado. El tránsito de la esfera política del Consejo de Ministros, al que accede el 1 de agosto de 1939, sustituyendo al Conde de Rodezno, que se había encargado provisionalmente de esta cartera desde el cese en abril de don Pedro Sainz Rodríguez, a la Administrativa del Consejo de Estado es el reconocimiento de su formación jurídica, reconocida por todos y que avala su elección como numerario para la Academia de Jurisprudencia y Legislación. En el Consejo de Estado permanece hasta el año 1958, en que será sustituido en la Presidencia por don Fernando Suárez de Tangil, Conde de Vallengano. El político y el jurista dará paso al diplomático, representando a España en la embajada lisboeta desde 1958 a 1969, fecha de su jubilación que coincide con su fallecimiento en Madrid el 21 de diciembre, a los 73 años. Una vida entera dedicada a España. La última etapa le hace testigo privilegiado en la relación entre dos egregias personalidades: El Jefe del Estado español y el Conde de Barcelona. En medio, un joven príncipe cuya educación se dirige en estas fechas y que acabará siendo el sucesor de Franco y Rey de España como Juan Carlos I. Una “vidiura” usando el término de Américo Castro ejemplar. Una entrega a su patria en todos los campos y terrenos donde se le solicita. Gobierno, CSIC, Consejo de Estado, Diplomacia, Academias etc., avalada y reconocida dentro y fuera de España con una extensa panoplia de honores, distinciones y condecoraciones. A él, Conde consorte de Marín y aristócrata de la inteligencia, con toda justicia podría aplicársele el

lema del duque del Infantado: “Dar es servir, recibir es servilismo”. Un español ejemplar.

La segunda parte de esta obra, la más extensa en paginación, es una exhaustiva exposición del CSIC apoyada en una amplia y actualizada bibliografía sobre el mismo. Se inicia con una visión de la JAE y sus diversas obras llevadas a cabo con una gran objetividad por parte de los autores. La asunción por integración de la espléndida obra de la JAE por parte el nuevo régimen permite una política de continuidad, obviamente afectada por las circunstancias del momento político y económico de España en estas fechas, pero que ha hecho posible la celebración del 75 aniversario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La JAE puso los cimientos como obra dilecta de la ILE y los impulsores del CSIC supieron unificar estas raíces para unir las en un fruto común.

Los autores, tras un uso exhaustivo de los archivos de todas las instituciones precedentes y las Memorias del CSIC ofrecen una obra con una panorámica muy completa que permite conocer la evolución de la ciencia en España y su posición actual. De la composición del Patronato al Servicio de Publicaciones, del sistema de becas al intercambio con profesores extranjeros de reconocida valía –véase el caso de Fleming el año 1948 o el de Gerhard Rochlf el 1949–; sus prestigiosas Revistas, con el canje de publicaciones con sus homólogas del extranjero, hasta la biblioteca, heredera directa de la antigua ILE, la organización de los Cursos de Verano en su primera época hasta la paulatina creación de los numerosos Institutos que hoy integran esta selecta Corporación científica e intelectual de España, son expuestos con el máximo rigor y lo que en mi opinión es quizá más meritorio: una exquisita objetividad. Por todo ello hay que felicitar a sus autores y a la editorial CEU Ediciones por haber puesto a nuestra disposición una obra de esta envergadura.

# Introducción

En la actualidad nadie duda de la importancia de la investigación científica, pero el ambiente social dominante era muy distinto en la primera mitad del siglo XX y, cuanto más, al terminar una guerra devastadora que dejó a España casi destruida. Las instituciones científicas que se crearon a principios del siglo XX, con la Junta de Ampliación de Estudios, a veces eran incomprendidas como si fueran una actividad elitista de escasa relevancia pública. Y, terminada la guerra, no faltaban quienes pensaban que las tareas de investigación debían ocupar un lugar muy posterior a la satisfacción de necesidades aparentemente más urgentes.

A pesar de ello, muy pocos meses después de terminar la guerra y habiendo pasado un escaso lapso de tiempo desde que se nombra el primer Gobierno en tiempos de paz, se presenta un proyecto de ley de creación de una nueva institución, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), que comenzará reuniendo a todos los organismos que había en España dedicados a la investigación, dentro de un ambicioso proyecto que pretende cultivar todo el árbol de la ciencia. Ese proyecto termina aprobándose el 24 de noviembre de 1939 y es la ley fundacional de una institución, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que ha producido relevantes frutos en todos estos años. Esta ley es propuesta y defendida por el recientemente nombrado Ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, que tras su aprobación viene a convertirse, como Ministro, en el Presidente nato del CSIC, según fijaba la ley fundacional. Poco después es nombrado Secretario General del CSIC José María Albareda, que ejercerá ese cargo hasta su fallecimiento en 1966.

Ibáñez Martín y Albareda inician de este modo, en el 1939, una tarea de gran significado, a la que dedicarán importantes esfuerzos, apoyados por un conjunto de personas que coinciden en apreciar la relevancia nacional que tenía el quehacer científico. Albareda ha sido objeto de estudio en diversos trabajos<sup>1</sup>, mientras que en menor medida se ha analizado la persona y la obra de

---

<sup>1</sup> Vid. GUTIÉRREZ RIOS, E. (1970) *José María Albareda, Una época de la cultura española*, Madrid, CSIC; CASTILLO, A. y TOMELO LACRUE, M. (1971) *Albareda fue así. Semilla y surco*, Madrid, CSIC; FELIPE, M<sup>a</sup> R. (ed.) (2002) *Homenaje a don José María Albareda en el centenario de su nacimiento*, Madrid, CSIC.

Ibáñez Martín<sup>2</sup>, al que se dedica este libro, que se centra en su actividad relacionada con los años fundacionales del CSIC. Comenzaremos ofreciendo una semblanza de don José Ibáñez Martín, para luego proporcionar un panorama de las instituciones científicas anteriores a 1939 y concluir con una exposición, esencialmente, de los primeros años del desarrollo del CSIC.

---

<sup>2</sup> Vid. IBÁÑEZ MARTÍN, J. A. (ed.) (1998) *José Ibáñez Martín en el centenario de su nacimiento*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico” (CSIC).

# Semblanza de don José Ibáñez Martín

## 1. Primeros años y estudios universitarios

Nació Ibáñez Martín en Valbona, provincia de Teruel, a las ocho de la mañana del día 19 de diciembre de 1896 en la casa de la calle Mayor, cuyo actual propietario es su sobrino Pedro Ibáñez Guillén. Sus padres fueron Pedro Ibáñez Val, labrador y comerciante, que durante un tiempo fue alcalde de Valbona, y Pilar Martín Jarque, ambos naturales del mencionado pueblo<sup>3</sup>.

Poco sabemos de la infancia del futuro ministro. Era un niño bueno y muy despierto e inteligente. Así lo demostró en la escuela de Valbona, donde hizo sus primeras letras. Se guarda una graciosa anécdota de aquellos años infantiles. Cuenta Leónida Ros, niña de su misma edad, que a veces decía a su madre cuando visitaba a una vecina: «Madre, deme nueces que me marchó a casa de la tía Pilar la Borrega»<sup>4</sup>. Al nombrar a las personas usaba entonces los mismos motes que utilizaban los lugareños. Era lo natural en un niño de su edad en aquel ambiente campesino. Pero, a medida que se fue haciendo mayor, dejó esa costumbre para llamar a cada uno con su nombre propio. Nunca se le oyó designar con sus apodos a los nativos del pueblo. Apreciaba mucho a las personas con las que hablaba sin usar palabras malsonantes. En cierta ocasión hablando de las gentes de Valbona me contó que nunca oyó a su abuelo Joaquín decir alguna expresión grosera. Este comportamiento le quedó muy grabado.

De pequeño tuvo alguna vez intención de ingresar en el Seminario, pero su tío Alberto, que era sacerdote, le hizo desistir, aconsejándole que lo hiciera después de haber cursado la carrera universitaria, quizá porque se dio cuenta de esa no era su vocación, como el interesado pensó al pasar el tiempo. En cambio, entre los mayores del pueblo se recuerda que, de niño, dijo alguna vez que quería llegar a ser ministro. En este caso sus deseos se vieron cumplidos.

<sup>3</sup> AIM: leg. 391, Iba-Ita,1949. En este legajo se encuentra la certificación literal del acta de nacimiento de Ibáñez Martín, procedente del Archivo del Ayuntamiento de Valbona.

<sup>4</sup> AIM: leg. 417, Rodríguez-Rueda, 417.

Las vacaciones de verano las pasaba en los pueblos de Teruel, de los que su citado tío, mosén Alberto Ibáñez, era párroco. Disfrutó estas temporadas veraniegas primero en Torremocha, donde el tío cura estuvo 15 años de párroco, y después en San Agustín. De esto tenemos memoria por la correspondencia del Ministro con las autoridades de dichas poblaciones que le pedían ayuda económica para la reconstrucción de sus escuelas e iglesias después de la Guerra Civil<sup>5</sup>. De sus prácticas deportivas poco sabemos. Sí nos consta que le gustaba jugar mucho a la pelota y que lo hacía con gran entusiasmo. En los pueblos de Aragón como en otros de España se tenía mucha afición al frontón, y era natural que él lo practicase como los demás muchachos y jóvenes de su época. Incluso siendo ministro se interesó porque hubiese frontón en todas las escuelas.

Instruido bien en la vida cristiana por sus padres, por su abuelo materno Joaquín y su tío mosén Alberto, nunca olvidó las prácticas religiosas. A estas personas hay que añadir la de mosén Manuel, por entonces párroco de Valbona. De él nos dice el Ministro, con motivo de su muerte, en 1950: «Fue la primera persona santa que sembró en mi alma ideas de eternidad. Le quise y le admiré desde muy niño, porque realmente, pocas personas logran mantener una línea tan pura y generosa, durante una vida larga llena de efusión cristiana, entregada a todos»<sup>6</sup>.

A los doce años su padre decidió llevarle a Teruel para que estudiase el bachillerato. Allí se alojó en una casa de huéspedes junto con un amigo de Sarrión que después fue médico. Estos seis años de su adolescencia transcurridos en Teruel desde 1908 hasta 1914, los recuerda él más tarde con todo cariño en carta dirigida al alcalde de Teruel el 30 de noviembre de 1946. Vale la pena reproducir uno de los párrafos. Reza así:

«Mi querido amigo:

Reciba usted y haga llegar a la Corporación que tan dignamente preside mi rendida gratitud por el acuerdo adoptado por la misma nombrándome hijo adoptivo de esa ciudad.

Teruel significa para mí el comienzo de la vida en esos momentos difíciles y llenos de inquietudes que constituyen todos los años de la Enseñanza Media y que de su orientación, acertada o equivocada, depende en la mayor parte de los casos el porvenir de toda una vida. He amanecido en Teruel a todas las inquietudes del espíritu; sus calles y plazas, sus maravillosas torres e iglesias me han acompañado en toda mi existencia y constituyen el recuerdo vivo y perdurable de lo que jamás puede olvidarse.

<sup>5</sup> AIM: leg. 381, Enr-Est, 1949; leg. 387, Garc-Garc, 387; leg. 396, Luan-Llor-Madrid, 1949.

<sup>6</sup> AIM: leg. 384, Fer-Fig, 1949.



El alma de Teruel me ha seguido en todos mis pasos y en todos los avatares de mi vida. Tengo la satisfacción de haber sido siempre fiel a las ideas de la primera hora y tengo también la satisfacción de proclamar después de tantos años, que ninguno de los ideales que en mí se han formado durante todo el período de adolescencia han sido desplazados por otros nuevos motivos del acontecer diario. Lo que quiere decir que tuve la suerte de tener buenos maestros en el Instituto, de tener buenos consejeros en el concepto esencial de la vida, que es lo religioso, y que además me acompañaron en mi modesto recorrido amistades de viejos y de jóvenes que por fortuna influyeron eficaz y cristianamente en la formación de mi carácter. Por ello considero siempre a la vida de Teruel aun estando tantos años alejado de ella, como si fuera un capítulo de mi cotidiano vivir. Dios bien sabe que no deseo los honores para nada, que busco tan solo la gloria de su nombre y el bien de España a través de todos mis actos, que en efecto, como ustedes dicen, he servido y serviré siempre con absoluta fidelidad e integridad a las consignas de nuestro Jefe de Estado, pero sin embargo no quiero dejar de decir que el recuerdo de ustedes ha hecho vibrar mi alma con emocionadas evocaciones de seis años, en los que con tanta intensidad pasé mi vida en Teruel desde 1908 al 1914, ya lejanos»<sup>7</sup>.

De aquellos años tendrá siempre presente los consejos de su profesor de religión y de los franciscanos a los que visitaba a menudo<sup>8</sup>.

Por último, como testimonio de su estancia en Teruel, transcribimos estas líneas de una carta del Ministro a un antiguo condiscípulo del Instituto. «Soy siempre el mismo... No me hables con ceremonia y no te olvides que durante seis años de nuestra adolescencia, hemos paseado carretera del Carmen arriba, haciendo maravillosos proyectos de Gobierno»<sup>9</sup>.

Tras el tiempo que pasó en la capital turolense, el joven bachiller cambia de escenario en 1914. Se traslada entonces a Valencia, en cuya Universidad hará con brillantísimas notas las carreras de Filosofía y Letras, sección de Historia, y Derecho, obteniendo en ambas Premio extraordinario. Por ello recibió la Gran Cruz de Alfonso XII.

Desde las altas y ásperas tierras de Teruel llegaba Ibáñez Martín al *Alma Mater* valentina como un alumno más de provincias. Pero aquel joven de Valbona pronto empezó a destacar en las aulas universitarias. Así nos lo confirman sus profesores Luis Jordana de Pozas, Antonio de la Torre y José Deleito y Piñuela, por citar solo algunos nombres. Este último, a quien el Ministro ayudó en la rehabilitación y recuperación de la cátedra después de la guerra civil, contesta a su antiguo alumno, manifestándole «que me honra usted

<sup>7</sup> AIM: leg. 214, P-Q-R, 1946.

<sup>8</sup> AIM: leg. 160, O-Pau, 1945.

<sup>9</sup> AIM: leg. 214, P-Q-R, 1946.

conservando buen recuerdo del tiempo en que fue mi discípulo oficial. Yo, por mi parte, guardo la más grata memoria de aquella su brillante actuación académica, y aún debo de conservar algunos gráficos de los que usted hacía para mi cátedra»<sup>10</sup>.

Durante su estancia en Valencia se hospedó siempre en la pensión de doña María Cruz Escribá. Todos los amigos que compartieron con el ministro la hospitalidad de esta mujer, hablan de ella con todo cariño elogiando su espíritu bondadoso y maternal y la preocupación y entrega que sentía por los estudiantes. En aquella especie de hogar aprovechó muchas horas don José preparando asignaturas y exámenes. Uno de los estudiantes que allí residieron le rememora que «mientras nosotros salíamos a divertirnos con las cosas propias de la edad, V. E. se quedaba en casa estudiando»<sup>11</sup>.

El sumo afecto que don José profesó a su antigua patrona queda patente en esta carta de las muchas a las que le contestó, fechada el 17 de julio de 1942: «Recibí su carta del mes de junio tan llena, como siempre, de riqueza evangélica y tan saturada de ocurrencias que duran en usted, tanto como su vida, que yo ardientemente deseo sea lo más larga posible»<sup>12</sup>.

No cabe duda de la excelente formación que recibió don José en la Universidad de Valencia, pero la educación profundamente humanista y cristiana se la transmitió el Centro Escolar y Mercantil, que con tanto acierto, inteligencia y bondad dirigía entonces el P. José Conejos. Gracias a las orientaciones y consejos de este ilustre jesuita salieron destacadas personalidades de la vida valenciana a partir de los años veinte. En la biblioteca de este centro empezó don José a conocer a Balmes, Aparisi y Guijarro, Donoso Cortés y Menéndez y Pelayo. De este último y extraordinario polígrafo fue ferviente lector y en él se inspiró en su posterior actuación política, como queda de manifiesto en la organización que imprimió al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuyos Patronatos e Institutos recibieron los nombres de los grandes científicos españoles, que don Marcelino estudia en *La Ciencia Española*.

En las aulas y clases del Centro Escolar y Mercantil los congregantes disertaban sobre temas de derecho, literatura, historia... En aquellos actos académicos empezó don José a formarse en el arte de la dialéctica y en la elegante oratoria que después le caracterizaría. Don Pascual Lull le recuerda en una carta al Centro Escolar y Mercantil en el que militaron juntos tantos años. «Presidía V. E. la belicosa Academia de Derecho, y yo la de Literatura y Declamación. Por cierto que, disputándose ambas entidades aquel mismo

<sup>10</sup> AIM: leg. 47, Cor-D, 1939-1941.

<sup>11</sup> AIM: leg. 344, Pa, 1948.

<sup>12</sup> AIM: leg. 48, E-Fer, 1942.

local del entresuelo, se solucionó todo amigablemente, gracias a la diplomacia conciliadora de V. E., a quién nombré yo entonces, en compensación, académico de mérito de literatura<sup>13</sup>». La revista *Oro de ley* le dedica una portada con el título «Congregante que triunfa», en la que dicen de él que sobresalió en el Centro Escolar y Mercantil por su celo, piedad, inteligencia y amor al estudio.

Años más tarde tuvo la oportunidad de apoyar la labor formativa que en el citado Centro se realizaba, y así, siendo ministro, atendió la petición de una subvención para sus actividades que le hicieron en 1945 y en 1949. Siempre llevó en el alma un gran afecto al P. Conejos, reconociendo la importancia del trabajo que desarrollaba.

La relación con sus condiscípulos de Universidad fue cordial y amistosa. Los más íntimos fundaron la «Peña de los Filósofos» y entre ellos se llamaban los *peñascos*. Cuando terminaron sus estudios y se dispersaron en el desempeño de sus respectivas profesiones, no se olvidaron de aquellos felices años de juventud y prosiguieron comunicándose a menudo<sup>14</sup>.

Al cumplirse los 25 años de fin de carrera, los *peñascos* y amigos del ministro organizaron unos días de fiesta para conmemorar tal acontecimiento. Los festejos tuvieron lugar los días 6, 7 y 8 de junio de 1945. Hubo misa de comunión por los compañeros fallecidos, una clase impartida por los catedráticos en activo Mur y Salom, almuerzo todos juntos en los Viveros y otro día más reducida en casa de Noguera, etc. Todos estos actos fueron presididos por don José.

Tras la celebración de este aniversario, le escribe al ministro su amigo Desiderio Criado Cervera: «No sé cómo habrás pasado estos breves días que has estado entre nosotros, pero yo he gozado de recordar tiempos en que éramos más jóvenes, viendo caras que hacía muchos años que no veía de amigos de nuestra juventud y con la agradable compañía de amigos que por circunstancias políticas y profesionales estamos geográficamente distanciados, aunque siempre fraternalmente identificados»<sup>15</sup>.

En el almuerzo del primer día de estas fiestas, que tuvo lugar en los Jardines del Real, uno de los comensales llamado Guillermo Berenguer declamó la siguiente breve poesía que retrata admirablemente el carácter de don José:

«Ser justo sin ser severo,  
Y sin ser débil, amable,  
Usar siempre el trato afable

<sup>13</sup> AIM: leg. 20, Lob-Lu, 1939-1941.

<sup>14</sup> AIM: leg. 114, Me-Mi, 1944.

<sup>15</sup> AIM: leg. 140, Cor-Chi, 1945.